





# HEMIANOPSIA GLOBAL

## I

### LA TERCERA SEÑAL EN EL CIELO



José Luis Madero Galán

# HEMIANOPSIA GLOBAL

I

LA TERCERA SEÑAL EN EL CIELO



Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Luis Madero Galán

ISBN: 978-84-18544-94-1

ISBN digital: 978-84-18544-95-8

Depósito legal: M-2721-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Gracias a ti, que, con el simple hecho de leer esta oración, me has apoyado más que muchas personas en quienes deposité mi confianza. Gracias por este gran regalo que me has dado.*

*Gracias a mis siete.*

*Gracias, Alan y Eto. Muchos se fueron y ustedes tuvieron la valentía y paciencia para quedarse conmigo.*

*Gracias, Nely, Andrea, Alondra, Bárbara, Aylin, Najibeh, Gina, Abril, Fernanda, Buzo, Joserra y Mario.*

*Gracias, papá, Rogelio B., Magdalena M., Edgar P., Salvador V., Bárbara G., Gabriel B., Alexandre D., Isaac A., Yuval H., Friedrich N., George O., Aldous H., Richard D., Sam H., Stephen H., Noam C., Dan B., Charles D., Alan M., Susan G., Philip Z., Edward S., Joanne R., Ray K. y Julian A.*

*Porque con sus charlas, erudición, imaginación, valentía y arduo trabajo se concretaron varios elementos de esta extensa saga.*

*Gracias, Arq. Eric Azael Herrera Castellanos.  
Gracias, Arq. Alejandro Cárdenas Ramos.*





*Para mí, pues el albor se aproxima.*

*Para los feos, tristes, callados, incomprensidos, inadaptados y olvidados genios que se aíslan para trabajar en lo que mejor saben hacer, pues ellos son los que aparecen en las Líneas del Tiempo de la Historia.*

*Para los que buscan la felicidad y el consuelo en el arte y el estudio.*

*Para Julian Paul Assange y Edward Joseph Snowden, quizás, los dos hombres más valientes de este siglo.*

*Y*

*para las pocas personas que creyeron que estas palabras llegarían a sus ojos... y no temieron en hacérmelo saber.*



«[...] La propia palabra secreto es repugnante en una sociedad libre y abierta; y nos hemos opuesto intrínseca e históricamente a las sociedades secretas, a juramentos secretos y a procedimientos secretos [...]. Porque nos enfrenta en todo el mundo una conspiración monolítica y despiadada que se basa principalmente en medios encubiertos para expandir su esfera de influencia basada en infiltración en lugar de invasión, en subversión en lugar de elección, en intimidación en vez de votación libre, en guerrillas por las noches en vez de ejércitos por el día. Es un sistema que ha usado vastos recursos humanos y materiales para construir una máquina eficaz estrechamente tejida que combina operaciones militares, diplomáticas, de inteligencia, económicas, científicas y políticas. Sus preparaciones están ocultas; no se publican, sus errores son enterrados, no se divulgan. Sus disidentes son silenciados, no son elogiados. No se cuestionan los gastos, no se publican los rumores, no se revelan los secretos [...]. Pido su ayuda en la tremenda tarea de informar y alertar a la población norteamericana. Confiamos que con su ayuda los hombres serán como han nacido: libres e independientes».

Fragments del discurso «El presidente y la prensa», celebrado por el 35º presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy (quinto mandatario estadounidense víctima de un atentado durante su gobierno durante su lucha contra su contemporáneo sistema monetario... cuarto en ser asesinado presuntamente por dicho motivo).

HOTEL WALDORF-ASTORIA, NUEVA YORK, ABRIL 27, 1961.

«La población general no sabe lo que está ocurriendo... y ni siquiera sabe que no lo sabe».

NOAM CHOMSKY



Hemianopsia (del griego hemi-, ‘mitad’; el griego a, ‘negación’, ‘privación’, y el griego óps, ‘ojo’).

f. Neurocirugía y neurología. Visión defectuosa o cieguera en la mitad del campo visual de uno o de los dos ojos. Ocurre en lesiones ubicadas detrás de la decusación quiasmática. Variante(s): hemianopía

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE COLOMBIA



## Prólogo

Una guerra por fin había terminado, al igual que el petróleo terrestre y la esperanza de un futuro resplandeciente para la humanidad, pero la temprana posguerra no se veía muy diferente a la guerra misma en cuanto a economía. La Gran Guerra Tecnológica, que había durado décadas, y que había conocido el inicio del siglo **xxii**, había terminado hace siete años, pero en algunos lugares parecía que todavía estaba sobre su cúspide, ya que en algunos países aún había civiles armados luchando por comida y medicinas mientras que los civiles desarmados destruían sus muebles para calentarse con improvisadas fogatas. Alemania, Inglaterra, Japón, Rusia, Francia y China fueron los desdichados vencidos junto a sus respectivas redes independientes de internet. Ni siquiera la unión a última hora que estos hicieron para hacerle frente a Nuevos Estados Unidos les ayudó a derrotar al gigante americano. La guerra se había iniciado en la segunda mitad del siglo **xxi**, cuando el dinero físico había sido reemplazado por el dinero electrónico de cadenas de bloques, haciendo así que la tecnología comenzara a hacerse más accesible, incluso para aquellos que no contaban con un techo firme. La guerra se había iniciado cuando los teléfonos celulares se habían vuelto casi más baratos que los recursos naturales, al tiempo en que la población latina, africana y musulmana se había convertido en mayoría en Canadá, Estados Unidos y Europa, cuando los precios de los alimentos naturales ya se encontraban muy por encima de los precios de los alimentos artificiales en todo el mundo y cuando la automatización y el *dataísmo* se habían adueñado de millones de empleos alrededor del mundo: desde empacadores de bolsas y cajeros de restaurantes de comida rápida hasta abogados y neurocirujanos, desde escritores y músicos hasta ingenieros y arquitectos. Automatización que, en sus inicios, le hizo creer al mundo que la vida de cada uno sería mucho más fácil y entretenida con solo oprimir un botón..., fantasía que tardó muchas décadas en ser destruida por una penosa verdad. Dicha tercera guerra mundial había conocido la peor crisis laboral que se recorrió por el mundo entero debido a la mencionada automatización, pero no todo fue desesperanza total durante la

guerra en cuanto a lo laboral se refiere, ya que las naciones y sus respectivas economías, al haber sido atacadas por enemigos comerciales, y al haber sido infectadas constantemente por *malwares* y virus informáticos que hacían actuar de forma errada a las máquinas que habían suplido a los humanos, se vieron obligadas a que estos últimos volvieran a tomar las riendas, haciendo así que las máquinas más avanzadas quedaran descontinuadas, devolviéndole así el escalpelo al egresado de medicina y la gorra colorida al cajero de comida rápida. La guerra había sido una época de crisis económica global donde lo que en décadas atrás se podía conseguir en cualquier lado apenas se podía encontrar en el mercado negro. Pero solo una guerra de tales características y magnitudes pudo devolver los empleos a las personas competentes e incompetentes. Sin embargo, aunque el fin de la guerra significaba futura prosperidad económica para el mundo, como lo era antes de que esta iniciara, también significaba que las máquinas volverían a suplir a los imperfectos y regordetes humanos de una forma más fuerte y esta vez, quizás, permanente.

El mundo comenzaba a renacer a gatas de las esparcidas cenizas en la segunda década del siglo XXII y, aunque ninguna bala fue disparada durante la Gran Guerra Tecnológica, el mundo parecía haber comprendido por las malas que una computadora podía hacer más daño que una bomba o una pandemia de laboratorio si esta primera se encontraba bajo el poder de alguien que supiera cómo usarla. Estados Unidos había cambiado su nombre agregándole el adjetivo *Nuevos* para enaltecer el jingoísmo y revivir a sus más acérrimos patriotas y dar a entender que algo nuevo, bueno y grande se aproximaba para aquellos que vivían en ese país. Tanto fue el daño que recibió dicha nación americana que, cuando oficialmente se declaró ganadora de la coloquialmente llamada GGT, decidió cambiar su nombre, vanagloriándose de su victoria que apenas alcanzó sobre los países europeos y asiáticos a base de astutas jugadas sucias y taimadas traiciones. La guerra había consistido principalmente en ver cómo se podía arruinar la economía de un país enemigo usando la tecnología informática y electrónica, pandemias controladas y aranceles exagerados, pero ahora, que esa guerra fría había terminado, los vencidos le debían gran obediencia y recursos a Nuevos Estados Unidos de forma directa como indemnización, así como el resto de las naciones en el mundo, aquellas que llevaban casi dos siglos sucumbiendo directa o indirectamente ante el puño del *Tío Sam*. Aunque el país vencedor fue uno de los que más ataques cibernéticos recibió y el que más arruinado terminó, al haber ganado la guerra y, sometiendo a los demás países después, pudo ejercer un desarrollo de crecimiento acelerado en tiempo récord, pero aun así se podían



encontrar vestigios muy notorios de la guerra, ya que algunas personas que a mediados del siglo XXI eran individuos de clase media y clase alta, ahora y aún se encontraban sin techo y apenas con comida y medicamentos. Algunas personas que habían nacido en cunas de oro ahora debían dormir debajo de puentes y quienes con más suerte corrieron solo tuvieron que disminuir en demasía sus gastos; mientras que algunos quedaron en la completa miseria, algunos se quedaron sin trabajo y algunos otros solo tuvieron que limitarse a vivir solo con lo más básico. Esos afortunados países eran los que solo participaron en la guerra de forma casi indirecta. Solo el sesenta y siete por ciento de la población neostadounidense contaba con un techo habiendo terminado la guerra y, según los medios de comunicación, había ya ocho mil millones de personas en el planeta, de las cuales más de tres mil millones ya padecían de sobrepeso y obesidad y más de siete mil millones se habían visto directamente afectadas drásticamente por dicha guerra que solo fue iniciada por saber quién se quedaría con la mayor cantidad de recursos terrestres y extraterrestres. Las teorías conspirativas abundaban como la parafernalia que Nuevos Estados Unidos usaba para animar a su decaído pueblo por medio de la feliz y optimista publicidad en los alimentos, en las bebidas carbonatadas, en las homilias dominicales y en las películas y series de televisión. Se corría el rumor de que la guerra había sido iniciada y ganada por unas pocas familias que desde antes que la guerra empezara ya contaban con un poder casi inimaginable. Décadas antes de la guerra se había teorizado sobre un control mundial gobernado por unas cuantas personas que a su directa merced se encontraban cientos de personas muy poderosas y que, a su indirecta merced, el mundo era su comedor y patio de juegos. La guerra había impedido el desarrollo de nuevas tecnologías para la humanidad, pero no para ese selecto grupo de individuos que solo algunas escasas personas creían que existían, algunos pocos, siempre tachados de pirados. Esos pocos de pensamientos atrevidos concluían que ninguna nación era independiente y que todo el mundo era administrado por una serie de empresarios multimillonarios que en sus afanes de llenar su necesidad de poder eran capaces de adueñarse de las naciones, de los medios de comunicación, del sistema bancario, de los recursos naturales y de toda la tecnología que, una vez siendo totalmente controlada, podía ser dada a conocer al mundo para que este pudiera estar bajo una mejor vigilancia e ignorancia. Igualmente, era un chisme a voces que los Gobiernos de todas las naciones preparaban algo grande y no necesariamente bueno para el mundo. Algunos hablaban sobre algo llamado Ultra y, aunque nadie sabía con exactitud qué era eso, unos pocos arriesgados se atrevían a decir

que el Gobierno se encargaría de implantar ese desconocido objeto en las cabezas de los recién nacidos para ser más fáciles de controlar por medio de drogas disfrazadas de medicamentos.

Mientras que muy pocos creían esas *atolondradas* teorías, la mayoría pensaba que cada país era independiente y que la guerra fue causada por discrepancias comerciales y políticas. La mayoría de personas en aquel entonces creía que los culpables de tanta austeridad eran tan solo una serie reducida de gobernantes que alegaban tener la razón entretanto que los demás eran un grupo de tiranos maquiavélicos. La armería mediática de todos los países había sido voraz durante la GGT: la de China rechazaba hipócritamente las estrictas medidas de vigilancia del canciller alemán en público al tiempo que, en secreto, el país asiático aprobaba la nefanda Ley de Seguridad Individual, que se había aprobado en Italia, en Irlanda y en unos países suramericanos. Los medios japoneses culpaban a las decisiones del primer ministro de Inglaterra y, mientras, el resto de las naciones se dedicaba a culpar a los demás por medio de inteligencias artificiales *deepfake* y a autocoronarse como los únicos que contaban con la verdad absoluta. Nuevos Estados Unidos, cuando llevaba por nombre solo Estados Unidos, se dedicaba principalmente a encontrar fallas en los sistemas informáticos de las naciones rivales, causando que estas les manipularan desde casa sus corporaciones de las cuales la nación dependía en su totalidad, provocando así que el país americano terminara siendo el más devastado económicamente hablando. Al tiempo en que las personas del mundo creían que su país donde nacieron tenía la razón e iba ganando la guerra, paulatinamente se iban quedando sin recursos, lentamente se sometían ante la disparatada inflación, pausadamente iban subiendo de peso y muriendo gracias a los altos precios de los alimentos naturales y a los bajos de las comidas chatarra, esporádicamente sufrían de apagones masivos y poco a poco se iban dando cuenta de que una guerra económica podía llegar a ser más terrible que una armada.

# 1

## La primera señal en el cielo

### (Joseph y Mary)

La lluvia era triste pero fuerte, tanto que parecía que profetizaba una catástrofe mundial inminente. Los vientos que desviaban las pesadas gotas ácidas golpeaban con violencia a los árboles, provocando agitados y ruidosos movimientos que solo lograban enfurecer más y más a las decenas de rechonchas personas que tenían que esperar en una interminable fila afuera de una humilde tienda de abarrotes para poder conseguir dos libras de grano de cereal sabor a chocolate, un par de cajetillas de cigarrillos y, al menos, una caja de rosquillas. Los que en décadas pasadas vivían cómodamente en suburbios adinerados ahora debían formarse bajo los vientos huracanados junto con las demás personas cuyas vidas siempre habían estado entre la modestia y la humildad. Las personas formadas, ya resignadas a que llegarían a casa empapadas, se limitaban a aguantar en enfurruñado silencio las incesantes ventiscas mientras avanzaban cuatro pasos cada minuto y medio. Nadie contaba con los ánimos ni energías para dirigirle una palabra a la persona de atrás, pero, aun así, si alguien parecía tener intenciones de adentrarse entre la fila en una efímera distracción, todos los presentes eran capaces de armar una trifulca para expulsar a aquella persona entrometida de la fila; ya era demasiado malo que un clima tan extremo haya llegado de manera tan inesperada ese día de verano, que nadie tenía la intención de permitir una nueva gran molestia.

Junto a la pequeña tienda de abarrotes atiborrada de impacientes clientes deseosos por una silla, una caja de rosquillas, al menos dos cajetillas de cigarrillos y por un poco de cereal azucarado, pasó un antiguo y dependiente de chofer transporte colectivo del siglo XXI con cautela para no empapar aún más a los desesperados clientes que, conforme el tiempo pasaba, más iban cayendo en la

enojosa conclusión de que ese día no cenarían cereal ni rosquillas glaseadas de la transnacional marca Glazzy.

—¿Pues qué estarán regalando? —preguntó Mary Thompson a su esposo tras ver la interminable fila desde el viejo autobús, tratando de no respirar el humo de los cigarrillos de varios pasajeros que provocaban una ligera pero irritante niebla dentro del sucio y viejo vehículo.

—Algo frito en oferta, seguramente —respondió su esposo, Joseph, sin prestarle mucha atención a lo que su esposa veía a través de la ventana rayada con grafiti.

—¡No! Es cereal lo que están comprando —confirmó Mary al ver cómo una pesada mujer de avanzada edad salía lentamente de la tienda con una bolsa de cartón rellena de cereal, bolsa que en menos de un segundo pasó de ser de su compradora a ser de un ágil ladronzuelo que se retiró corriendo con la bolsa, sin ser detenido por los demás molestos y redondos clientes.

—¿Será de imitación de chocolate o de fresa? —preguntó Joseph tratando de no inhalar demasiado el humo de dos pasajeros que tenían él y su esposa en frente; cada vez le molestaba más la tolerancia que habían comenzado a recibir los fumadores en espacios cerrados en los últimos años, pues el porcentaje de fumadores mayores de edad en aquel entonces ya superaba el cuarenta por ciento.

—No lo sé, pero seguramente de chocolate. Ese es el más rico —respondió Mary sintiendo lástima por la humilde y mojada anciana que había comenzado a caminar de regreso a su casa con las manos vacías—. ¿Te acuerdas cuando dejamos de comer el Chocolocococo un tiempo, luego decidimos volverlo a comprar y estaba tan dulce que lo tuvimos que desechar? O, bueno, ¡tú lo desechaste porque yo sí lo quería! —y rio.

—Sí —contestó Joseph con una apenada risa corta—. Cambiaron la receta e hicieron más dulce el cereal. Era como meterse una cucharada de azúcar en la boca —dijo con un poco de repelús—. ¡Sigo sin saber cómo te puede gustar esa cosa! —y soltó otra corta risa.

—Probablemente por eso se compra más y más... —dijo Mary antes de ser interrumpida por el violento movimiento del autobús tras haber pasado con poca cautela sobre un profundo bache, movimiento que agitó a todos los pasajeros y que provocó que al menos a uno se le cayera su cigarro para después ser recogido e introducido en la boca de su adicto dueño a pesar del sucio y mojado piso.

—¡Siempre pasas por el mismo agujero a la misma velocidad! —gritó un molesto pasajero desde su lejano asiento al chofer del autobús, insulto que fue

respondido con una carcajada ronca por parte del desaseado conductor, que apenas llevaba un par de meses de haber aprendido a conducir un vehículo dependiente de chofer.

—Siempre me ha parecido muy sospechoso que durante un año Estados Unidos no haya producido granos y ahora que lo produce lo vende y la gente lo compra como si fuera maná —dijo Joseph.

—Nuevos Estados Unidos, amor —corrigió Mary.

—¡Bah! estrategias políticas —dijo Joseph viendo como las cabezas de los demás pasajeros frente a él se movían al ritmo de los movimientos del autobús—. Extraño el sabor de la leche, ¿tú no? —preguntó tras un breve silencio, pregunta que le surgió cuando comenzó la conversación del cereal.

—La verdad no. Mezclando el agua natural con el cereal se obtiene el mismo sabor y se reciben los mismos nutrientes que la leche de vaca da. ¡Tú siempre fuiste un becerro! —se burló del gusto que su esposo tenía por la leche cuando este era un niño y cuando la leche de vaca no escaseaba.

—¡Ni te acuerdas de cómo sabe la leche! —dijo Joseph riendo un poco—. ¿Cómo vas a saber que mezclando el agua con el cereal obtienes el mismo sabor que la leche de vaca?

—Los comerciales lo dicen —aseguró Mary—. Ingenieros suizos lo confirman.

—Los comerciales también dicen que el país está contento —comentó Joseph tratando de recordarle a su mujer que no todo lo que se veía en televisión o internet era verdad.

—Pues... ni hablar —vaciló Mary para tratar de no armar una discusión con su muy querido esposo—. ¡Déjame verla otra vez! —solicitó contenta y dándole pequeñas palmaditas al escuálido pecho de su esposo.

Joseph sacó de la bolsa de tela que tenía sobre su regazo una nueva corbata color esmeralda con aún dos etiquetas adheridas a ella y después la colocó alrededor de su delgado cuello.

—Bueno, con esta luz no combina tanto con tus ojos como en la tienda —dijo Mary con una sonrisa al comparar el color de ojos de su esposo con el de la nueva corbata que habían elegido cautelosamente para ese día especial—. Está lloviendo y así se te ven más oscuros los ojos. ¡Con la luz del comedor se notará más la combinación!

—Espero que se note la combinación a través de la computadora. Es tan vieja que seguramente ya solo me muestra en blanco y negro —lamentó Joseph después de quitarse la corbata y de volverla a colocar cuidadosamente dentro de la bolsa.

—Es a las cuatro y media, ¿verdad? —preguntó Mary tapando su nariz y alejando con aspavientos el humo de los cigarrillos.

—Sí. En cuarenta minutos —respondió ansioso.

Sin decir una palabra más, Mary volvió a mirar hacia la maltratada ventana, viendo con acostumbrado desagrado el viejo y abandonado hospital que se especializaba en impresiones en 3D de órganos del sistema digestivo, justo frente al desamparado y antes novedoso taller mecánico para computadoras de vehículos independientes de conductores. La vista era alicaída, triste y desolada, muy distinta a como se podía apreciar cincuenta años atrás, cuando todos los edificios, inteligentes y ecológicos, en su mayoría, se iluminaban de manera extravagante en la noche mientras que de día se podía apreciar publicidad de dichos edificios en el cielo gracias a microsatélites y drones que, en conjunto, formaban figuras, letras y colores de todo tipo. Después de que Mary observó a lo lejos un hospital especializado en exoesqueletos metálicos, un hombre con un brazo biónico a pocos asientos detrás de ella comenzó a toser más de lo que para muchos en ese ínterin era considerado como normal. El ruido que provocaba el hombre era tan exagerado que la pareja Thompson discretamente volteó para mirar al sujeto. Los pasajeros, muchos con cigarrillos en mano, no prestaron atención al hombre, pero todo cambió cuando el sujeto con el brazo robótico se puso de pie y comenzó a golpear su pecho desesperadamente con su poco aceitada mano metálica. El gordito adolescente que se encontraba junto al aparentemente enfermo hombre comenzó a darle palmaditas ligeras en la espalda al no saber qué hacer mientras miraba en todas direcciones.

—¡Se ahoga como los otros! —gritó una mujer de los asientos delanteros, provocando que otro hombre se pusiera de pie y caminara hacia él para auxiliarlo.

—¡Abran todas las ventanas para que respire mejor! —gritó otro hombre, haciendo que varios pasajeros abrieran las ventanas, que se encontraban cerradas por la lluvia, que ya parecía empezar a calmarse.

De un momento a otro, el rostro del hombre que se encontraba tosiendo se había tornado morado en las mejillas y rojo en la nariz, y justo antes de que el buen samaritano que pretendía ayudarlo se pusiera detrás de este para ayudarlo por medio de la maniobra de Heimlich, el ruidoso sujeto escupió un chorro de sangre que casi alcanzó a los Thompson. Más de una persona había quedado manchada y sumamente asqueada de una oscura y viscosa sangre que parecía estar ya bastante coagulada. El hombre que se había acercado a ayudar dio un paso atrás, pues el enfermo sujeto alzó la mirada al techo del vehículo y cayó sobre el joven junto a él. La sangre continuaba saliendo de su boca y el

adolescente no trataba de ocultar ni su miedo ni su asco. El silencio dentro del autobús se hizo más evidente cuando parecía que aún salía ruido de la inmóvil boca del pobre sujeto; un silbido parecía salir de su roja boca.

—¡A la hija de mi vecina le pasó lo mismo! —gritó una mujer despavorida.

—¡Quítenmelo, por favor! —chilló el chico que trataba de evitar que sus zapatos se mancharan aún más de sangre.

Tras un momento de silencio y miradas horrorizadas al hombre que yacía tumbado y con los ojos fijamente abiertos, Mary se persignó y cerró los ojos para rezar, pero Joseph no le quitaba la vista al cadáver; la escena le era familiar.

—¡Sigán fumando esa porquería! —regañó Joseph a un par de pasajeros, que aún se encontraban en shock, mientras que el resto tomaba fotografías de lo sucedido con sus recientemente comprados teléfonos celulares.

—¡Detenga el autobús! ¡Hay una pandemia y alguien acaba de morir aquí por eso! ¡Al primo de un amigo le pasó algo igual! —clamó un pasajero en voz alta, provocando que Joseph comenzara a ponerse nervioso ya que caminar desde donde se encontraba con su esposa embarazada lo haría llegar tarde a su futura entrevista.

—¡No puedo detenerme aquí! —respondió con la cabeza volteada el conductor, que parecía no estar sorprendido de la muerte que había sucedido a pocos metros detrás de él—. La calle más cercana donde puedo detenerme es la calle Garffield.

Joseph sintió un alivio cuando escuchó las palabras del conductor, pues este primero vivía exactamente en esa calle.

—No puede haber una pandemia, tonto —discordó un redondo anciano a la persona que había dicho que había una gran enfermedad—. En las noticias no han dicho nada. Mi esposa es doctora y si hubiera una pandemia, me lo diría.

Casi un minuto después, cuando el autobús rodeó el alto y abandonado transporte público circular de veinte metros de diámetro sujeto al riel que dividía los dos carriles de la calle Garffield, Joseph extendió su brazo izquierdo y solicitó que se detuviera el vehículo. Cuando este se detuvo, Joseph interrumpió con delicadeza el silencioso rezo de su esposa y la ayudó a ponerse de pie, teniendo especial cuidado en su vientre de nueve meses de gestación. Cuando la pareja comenzó a acercarse a la salida del autobús en la puerta trasera, evitó en todo momento ver al cadáver que aún se encontraba sobre el aterrado y asqueado joven, que no dejaba de mostrar su incomodidad tratando de librarse del pesado cuerpo sobre su regazo. Los Thompson se mostraban asombrados del hecho de que ninguna persona parecía sentirse muy incómoda por tener un cadáver cerca, parecía como si los demás pasajeros estuvieran acostumbrados a

ver una persona morir cerca. Tanto Joseph como Mary lograron a duras penas escuchar una voz electrónica que se despedía de ellos. La máquina, que llevaba años sin mantenimiento, aún contaba con la capacidad suficiente para detectar pasos sobre los tres escalones del autobús para después hacer sonar una voz de una tonalidad robótica para despedirse amablemente de los pasajeros que estaban a punto de bajar, eso aunque ya no contaba con la categoría de ser *vehículo independiente*, categoría que recibían los vehículos que no necesitaban de un chofer, y que eran movidos por medio de una estación gubernamental que determinaba los espacios donde podía o no acceder un transporte público. Lo mismo sucedía con los vehículos particulares, solo que la máquina que controlaba los trayectos se encontraba en el corporativo de la marca automotriz del vehículo en particular.

La tormenta había cesado, dejando caer solo pequeñas y suaves gotas que producían un melífluo sonido al tocar los abundantes charcos causando que Joseph, con tranquilidad, no tuviera que abrir su paraguas sobre él y su esposa. Una vez estando en la fisurada banqueta, la pareja comenzó a caminar despacio y con cuidado de no resbalarse hasta llegar a su hogar.

—¿Te fijaste que murió como el que vimos hace unas semanas en el supermercado? —preguntó Joseph, extrañado e incómodo por la muerte que él había presenciado... la tercera en el mes.

—¡No me lo recuerdes, por favor! —rogó Mary angustiada—. Dios los reciba en su Santa Gloria.

—Como que el vecindario está más vacío, ¿no crees? —preguntó Joseph al solo ver una persona caminando por la banqueta cuando, en realidad, era común ver al menos diez independientemente del clima.

El hogar de los Thompson no era distinta al resto de las viviendas de ese viejo y casi abandonado vecindario. Las casas, que en lejanos años anteriores habían sido viviendas de madera de color hueso, con dos plantas sin incluir el sótano y el ático, con pórtico y una cochera para dos vehículos, se habían transformado en inmuebles víctimas de vandalismo y, en su mayoría, edificios abandonados que se habían convertido en el techo de decenas de personas sin hogar y drogadictos. Tras haber pasado junto a una abandonada gasolinera, cubierta por publicidad de Rankator, la empresa líder en generación de energía nuclear que anunciaba «FUTURO PARA TU VEHÍCULO Y FAMILIA», habiendo caminado dos manzanas y, después de haberse colocado frente a su casita, Joseph subió el primer escalón del pórtico para después ofrecerle su ayuda a su esposa para subir, ignorando el aturdidor chillido de la vieja madera. Cuando la pareja entró a la desordenada casa gracias al aún funcional escáner de huellas digitales,



Joseph sacó de su pantalón de mezclilla su casi discontinuado yPhone y el de su esposa, torció la boca al ver que, a pesar de haber salido de la casa tres horas atrás con la energía al cien por ciento en ambos aparatos y de no haberlos usado, estos ya contaban con solo el cincuenta y dos por ciento de energía. Una vez habiendo deglutido el malestar, y para volver a cargar las baterías de ambos aparatos, Joseph encendió los pequeños cargadores inalámbricos sobre la mesita de la entrada, que mostraba un retrato de la pareja en su luna de miel dentro de la piscina de un hotel de tres estrellas de su misma ciudad. Mary cerró con seguro la puerta con el mismo escáner para después voltear y ver desde la entrada como su esposo se quitaba su vieja playera de los Lobos de Nuevo México para colocarse su mejor camisa blanca de botones dentro del baño de abajo. Mary sonreía discretamente al ver desde la entrada como su esposo, una vez con la camisa blanca puesta, se peinaba con mucho gel y con la crencha del lado izquierdo para después anudar su nueva corbata.

—Espero que tape la mancha —dijo Mary refiriéndose a una notoria mancha negra que la camisa de Joseph tenía a la altura del pecho.

—Yo creo que no la va a tapar toda —respondió resignado al ver que nada iba a poder taparla completamente—. Planeo moverme lo menos posible para que no se vea. El saco la tatará un poco más... espero.

Cuando Joseph terminó de colocarse la corbata con un sencillo doble nudo, salió del baño, cogió el viejo saco negro que estaba sobre el perchero de la entrada y procedió a ponérselo. Mary, con una discreta sonrisa, fingió acomodarle un poco el nudo de la corbata y las solapas del saco tratando de no pensar en la extraña y horripilante muerte que había sucedido minutos atrás.

—Es hora de que te sientes —dijo Mary mostrando ahora sí por completo su alargada sonrisa caucásica con palabras que hicieron que Joseph reaccionara dándole un pequeño beso en los labios.

Joseph se sentó en la mesa del pequeño comedor de cuatro personas y después abrió su vieja y apenas útil computadora portátil.

—¿Qué crees que se vea mejor de fondo? ¿El mueble o la pintura? —preguntó Joseph refiriéndose al alto, antiguo, corriente y astillado mueble de copas y vajillas y al simple bodegón pintado con gis ubicado del otro lado del comedor.

—Creo que el mueble es más bonito —respondió Mary no muy orgullosa de la pintura que había hecho cuando era una adolescente—. Además, limpie todas las copas hace poco —y pensó un poco con el dedo índice tocando sus labios—. Sí, creo que mejor el mueble.

—¡A la carga! —dijo Joseph cuando abrió la aplicación de videollamadas en

su computadora para poder esperar la entrevista de trabajo que había logrado conseguir después de varios meses—. ¡Adiós, lápices!

Mary se dirigió a la cocina tratando de pensar en pandas y en gatitos, sus animales favoritos, y no en la repentina muerte que acababa de presenciar, suceso que parecía no desaparecer de su memoria. Estaba segura de que el hombre del autobús había muerto de la misma forma que el sujeto que vio morir en los pasillos de condimentos de un supermercado un par de semanas antes. Ambos sucesos la habían dejado intranquila, pero más la similitud entre ellos: un hombre con sobrepeso y con un aroma a tabaco en su ropa comienza a toser como si se estuviera ahogando, todo eso antes de vomitar sangre mientras el rostro cambia del color previo a un desplome violento. Mary, deseando disipar de sus recuerdos lo que acababa de presenciar, volvió a acudir a Dios por medio de un efímero rezo antes de volver con su esposo. La casita era pequeña y un poco húmeda, con goteras y algunos pequeños agujeros en los muros de madera a causa de accidentales golpes con objetos pesados, con cortinas empolvadas, con maleza en lo que se supone que debía ser un espacio para pasto corto y con unas pocas tuberías expuestas, pero, a pesar de los muy duros sucesos del pasado y de la precaria situación económica, los Thompson trataban de vivir en la mayor armonía posible. Ambos, a pesar de todo y de los años que llevaban casados, aún se encontraban enamorados.

Después de unos minutos, Mary tomó de entre la montaña de platos sucios el plato de plástico reciclado que había usado para desayunar aquel día, colocó sobre este una rosquilla glaseada de la marca Glazzy, salió de la cocina y se sentó en el comedor, justo frente a su esposo y detrás de su computadora.

Joseph dejó escapar una ligera risa al ver como su esposa introducía media rosquilla en su boca y Mary, sin importarle lo graciosa que esta se veía a los ojos de su esposo con semejante barriga cubierta por un camión amarillo y ojos que denotaban placer, jugó un poco masticando con la boca abierta y de forma desmesurada para demostrar poca importancia a la burla de su esposo.

—¿Qué me ves? —dijo Mary con la boca llena, pero tratando de no escupir el pan—. ¡Tengo hambre, estoy embarazada y cuando estoy nerviosa como!

—Solo espero que el bebé no coma tanto como tú —respondió Joseph con una sonrisa sin despegar la mirada de la computadora. Mary respondió con una risa sarcástica antes de tragar el delicioso pan.

—Qué raro. Se supone que esta gente es muy puntu... —dijo Joseph antes de ser interrumpido por la llamada que recibió su computadora.

Mary terminó su rosquilla de un último gran bocado antes de chuparse los dedos y Joseph se irguió sobre su silla, carraspeó fuerte, se cercioró de que su

corbata y el saco ocultaran la mancha negra lo mejor posible y después contestó la llamada con una sonrisa.

—¡Buenas tardes, señor Smith! —dijo Joseph a la computadora.

—Buenas tardes, señor Thompson —respondió la persona detrás de la llamada, persona la cual parecía estar igual de elegante que Joseph, pero dentro de una oficina desordenada—. ¡No puedo verlo!

Mary, al haber escuchado lo que el sujeto de Recursos Humanos había dicho, movió sus labios de manera exagerada gesticulando la oración «¡El papelito!», haciendo que Joseph, después de haber leído los labios de su mujer, recordara que su computadora tenía la cámara tapada por un pedazo de papel, así que prosiguió a quitarlo rápidamente mientras se disculpaba.

—¿Ya puede verme, señor? —preguntó Joseph entrelazando sus dedos sobre la mesa.

—Sí, ya —respondió el entrevistador—. Estuve leyendo su currículum, señor.

Mary, frente a su esposo y detrás de la computadora, mostró sus dedos pulgares en señal de victoria con una gran sonrisa.

—Sí, señor. ¿Qué le pareció? —preguntó Joseph entusiasmado.

—Mire, señor Thompson, su currículum es muy bueno, pero lamentablemente la empresa se está dedicando más en la compra de maquinaria que en la contratación de ingenieros y arquitectos.

Joseph y Mary exhalaban profundamente por la nariz sin perder de vista a la computadora.

—La constructora desea invertir otra vez en computadoras que trabajen las veinticuatro horas del día, justo como lo hacía antes de la guerra —añadió el gerente de Recursos Humanos de la constructora a la que Joseph aspiraba entrar.

—Lo entiendo, señor —mintió Joseph—. Pero ya sabemos lo que puede pasar cuando automatizamos todo. No faltará el mal hombre que quiera perjudicar a su empresa haciendo que la computadora encargada de seleccionar el cemento coloque uno de factor de compresión de doscientas veinte libras por pulgada cuadrada cuando se necesite del doble.

—Lo sabemos, señor, pero lamentablemente una empresa tan grande como esta no se puede dar el lujo de tener asuetos por días festivos, pagar seguro social o vacaciones, incapacidades o tener los domingos como días de descanso, y mucho menos en estos tiempos de crecimiento acelerado. El país se prepara para automatizarse aún más, mucho más que antes de que se iniciara la guerra, por lo visto.

—¿Y no necesitarán un ingeniero que se encargue de supervisar las construcciones, señor? —preguntó Joseph con desánimo al tiempo en que Mary, poco contenta de escuchar que tanto tiempo de búsqueda por la entrevista habría resultado en vano, colocaba los codos sobre la mesa y descansaba su rubia cabeza sobre sus manos.

—Las máquinas ya cuentan con los datos necesarios y, en caso de que fallasen, los ingenieros en sistemas se encargarían de solucionar los problemas que podrían presentarse. Claro que podríamos necesitar a un ingeniero civil como supervisor, pero para eso, señor, aún tendrá que esperar un poco más a que lleguen más prospectos para tomar ese puesto. Tomé consideración por usted porque su padre es el médico de mi suegro.

Mary talló sus ojos hasta provocarse fosfenos y torció la boca mientras que Joseph permanecía quieto.

—Bueno, ¿cree que hay alguna otra cosa en la que pueda ser útil? —preguntó Joseph desesperanzado.

—Lo lamento, señor. Por el momento todo está ocupado y, por lo visto, hasta mi trabajo como psicólogo podría estar también en peligro, aquí entre nos. ¡Una máquina especializada en dar terapia psicológica! ¡Imagínes! —se quejó con voz desgraciada—. Vienen muchos cambios y las máquinas otra vez tomarán la batuta en los empleos, justo como lo hicieron con nuestros abuelos, señor Thompson.

—Bueno, si necesitan algún servicio donde les pueda ser útil, por favor, llámenme, señor Smith —dijo Joseph con un tono de voz más bajo y desanimado después de haber exhalado profundamente por la nariz.

—Claro que sí, señor. ¡Le deseo un excelente día!

—Igualmente. ¡Adiós! —dijo Joseph antes de cerrar la computadora lentamente. Había sido su entrevista de trabajo más corta.

Mary miró fija y apesadumbradamente a su esposo antes de que este se quitara violentamente la corbata y la arrojara lejos para después colocar sus escuálidos codos sobre la mesa y su castaña cabeza sobre sus nervudas manos.

Después de unos minutos de silencio, Mary rompió el hielo con su meliflua voz.

—Tal vez si te contactas con G.I.L.K. Constructions...

—¡Esa es mucho más grande que esta! —exclamó Joseph enfadado— ¡Y por eso G.I.L.K. Constructions tendrá más máquinas ahí!

—Mi amor, recuerda que yo puedo trabajar después de tener al bebé. No te enojés tanto.

—No, amor —respondió Joseph apresuradamente—. Este bebé se quedará con nosotros. ¡No quiero perder otro!

—¿Y con qué lo vamos a alimentar si no hay suficiente dinero? —preguntó Mary con voz estoica—. ¡Puedo tenerlo y después de un mes pedir trabajo en el jardín de niños y que él esté ahí y que sea cuidado por alguien más mientras yo cuido de otros niños! ¡Que me paguen una pequeña parte y que el resto sea para su cuidado en la guardería!

—¡Ese no es el punto, mi amor! —riñó Joseph un poco más enfadado—. ¡Mi abuelo era cardiólogo como mi padre y el tuyo era abogado y aun así perdieron sus trabajos por las estúpidas máquinas, que van a regresar! ¡Viene más desempleo porque hicieron más fuertes a las máquinas durante la guerra! ¡Probablemente no vaya a existir ningún trabajo para la humanidad muy pronto! ¡Ya me cansé de empaquetar lápices en un programa de apoyo gubernamental siendo yo un profesional! ¡Tú y yo somos profesionistas y mira cómo estamos!

Mary, sin decir una palabra, no dejaba de ver fija y melancólicamente a su esposo.

—¿No te das cuenta de que necesitamos solo lo básico para vivir felices? —dijo Mary en un tono desanimado antes de ser sorprendida por un potente trueno que anunciaba el regreso de la lluvia—. ¿Y esta lluvia de dónde viene, si aquí nunca llueve por estas fechas? —preguntó consternada por la situación dentro y fuera de su casa.

—¡Quiero que por primera vez nuestra familia viva dignamente!

—Amor, tenemos casa. ¡Hay personas que lo perdieron todo durante la guerra! Yo nunca te voy a pedir una mansión. ¡Ni un día hemos estado sin comida y eso es gracias a Dios y a ti!

Mary se puso de pie con mucho esfuerzo sobre su viejo y cómodo par de tenis Moonwalky, con suave tierra lunar compacta en el interior, rodeó la mesa y se acercó a su esposo. Este recostó suavemente su relamida cabeza sobre el cálido vientre de Mary.

—Saldremos de esta —expresó Mary con incertidumbre acariciando la cabeza de su esposo—. Además no hay por qué...

Mary sintió que su entrepierna y sus muslos comenzaron a tensarse y mojar-se súbitamente. Tranquilamente levantó la mirada al techo y comenzó a sentir un punzante dolor en el vientre que anunciaba el repentino nacimiento de su tercer hijo.

—¡Llévame al hospital, que ya es hora! —ordenó Mary cerrando con fuerza los ojos—. ¡Ya viene, Dios!

—¡Se adelantó una semana! ¡Vámonos! —exclamó Joseph al ponerse rápidamente de pie para tomar ambos teléfonos celulares y escoltar cuidadosamente a su esposa al viejo automóvil dentro de la oscura cochera repleta de herramientas.

Cuando Joseph sentó a Mary en el asiento del copiloto, corrió hacia el enchufe que había brindado energía a su auto dependiente las últimas semanas. Estando el coche desconectado, Joseph corrió al asiento del piloto y después de tres intentos para encender el viejo motor, este se encendió milagrosamente.

—¡Verás que habrá valido la pena usar transporte colectivo las últimas semanas, mi amor! ¡Por esto no usamos el auto! ¡Llegaremos a tiempo sanos y salvos los tres con energía suficiente para regresar! —celebró Joseph mientras esperaba que el motor se calentara lo suficiente para poder poner marcha atrás y salir disparados hacia el hospital.

—¡Ponte el cinturón de seguridad, por favor! —masculló Mary tratando de no gritar las palabras.

—¡Manejaré con cuidado!

—¡Que te lo pongas! —ordenó con un grito, haciendo que Joseph accediera con un gruñido.

La tormenta había regresado aún más furiosa que antes y Joseph debía elegir entre conducir lo más deprisa posible para llegar a tiempo al Hospital General y arriesgarse a estrellarse contra más vehículos o que su hijo naciera en el sucio asiento de su auto. Los gritos de Mary golpeaban los cristales del antiguo coche con mayor fuerza que las gotas del repentino chubasco que decidió azotar de nuevo a la ciudad. Joseph parecía conducir como un robot; sus recuerdos sobre los hijos que había perdido en el pasado aún le provocaban dolor y noches de insomnio pero, aunque sabía que la llegada de un tercer hijo no iba a reemplazar la ausencia de los demás, Joseph encontraba en ese bebé una pequeña luz de esperanza para su matrimonio que, debido a tanta tragedia y falta de oportunidades de trabajo dignas, habían comenzado a hacer merma entre ellos dos desde varios meses atrás a pesar de que ambos fingían que todo estaba en orden. Aunque Mary había sido la más afectada durante dichas pérdidas, causándole así un fuerte alcoholismo del que apenas lograba mantenerse lejos cada vez que caía en tristeza, en ese momento solo podía pensar en el gran dolor físico que sentía y en lo increíblemente lento que parecía avanzar el tiempo para ella. Ese alumbramiento le causaba más dolor que los de los dos anteriores.

—¿Cuánto falta? —preguntó con un grito ahogado Mary después de veinte minutos mientras golpeaba bruscamente su cabeza con el respaldo de su asiento al mismo tiempo que trataba de evitar enterrar sus cortas uñas en su propio vientre.

Cualquiera podría haber imaginado que toda la ciudad había acordado formar un gran bloqueo vehicular para evitar que, de una vez por todas, la pareja Thompson pudiera, después de dos intentos en el pasado, tener un hijo sano

cuya salud le permitiera vivir más de una semana. Pero no había tiempo para pensar en dicha idea paranoica, ya que la pareja tenía una idea fija: llegar al hospital sin un rasguño en sus cuerpos ni en el auto.

—¡Estamos a pocas calles! —respondió Joseph con agitada voz ante los golpes de las grandes gotas y los fuertes truenos que solo aumentaban la cacofonía dentro del auto, y más aún porque Mary sentía como si las tripas estuvieran exigiendo salir de su cuerpo en vez del bebé; nunca había estado en una situación así de urgente.

Después de casi cinco agónicos minutos más donde Joseph esquivó coches bajo la incesante lluvia, se pudo ver, entre la tormenta y desde lejos, el letrero de urgencias del Hospital General, el más grande de la ciudad.

Joseph se concentró más acercando su cuerpo al volante y sujetándolo con más fuerza, y con una agilidad envidiable para un aficionado corredor de autos pasó de una velocidad de ochenta kilómetros por hora a cero en dos segundos justo en la estrecha curva de la entrada de urgencias, causando que la pareja se agitara violentamente hacia delante. De no ser por los cinturones de seguridad, ambos hubieran tenido que entrar al hospital por una contusión en la cabeza además del alumbramiento. Casi sin poner el pie derecho en el freno para poner el auto en *parking*, Joseph apagó el motor y abrió su puerta velozmente.

—¡Una silla de ruedas, por favor! —gritó este con ingenua esperanza a cualquier persona que pudiera ayudarlo, teniendo un pie fuera del auto y el otro dentro.

—¡No te escuchan! ¡Ayúdame tú! —gritó Mary con los ojos fuertemente cerrados y con gotas de sudor cayendo a todas partes de su dorado camión y el asiento de su antiquísimo Nissan Sentra 2087.

Joseph, al concluir que sería más rápido llevar en sus brazos a su mujer a la sala de urgencias que seguir esperando a que alguien llegara a asomarse, no dudó ni un segundo en apagar ahí el coche, estorbando el paso de más automóviles a la sala de urgencias y de cualquier número de ambulancias que pudieran necesitar el acceso completamente libre. El bebé debía nacer, vivir y crecer con sus padres.

Joseph nunca había sentido que sus pasos fueran tan lentos y sus brazos tan débiles más que ese extraño día de junio, ya que en el casi eterno minuto que tardó la pareja en llegar a la recepción, Mary estuvo a punto de caerse de los brazos de Joseph más de tres veces; por suerte, tanto la camisa de Joseph como los dedos de Mary fueron lo suficientemente fuertes como para no caerse de espalda. La sala de espera estaba llena de personas que acababan de ser lesionadas, todas con sobrepeso, algunas tosiendo y todas en busca de la atención

médica que parecía que no llegaba. Mary requirió de fuerza para abrir los ojos y contemplar el multitudinario escenario, ambiente que llevaba horas ahí y que debía ser atendido.

—¡Por favor ayúdanos, Sandra! —suplicó Joseph a la regordeta recepcionista, quien se veía muy relajada escribiendo en su computadora y dando tragos de refresco de cola, tranquilidad que se rompió enseguida que la mujer reconoció a la necesitada pareja.

—¿Tan rápido pasaron los nueve meses? —preguntó sorprendida la recepcionista con la ilusa esperanza de que los Thompson le iban a dar la importancia necesaria para responderle serenamente con un «Sí, qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad?».

Después de darse cuenta de la obviedad de la posible respuesta, Sandra llamó a dos enfermeras y a un camillero desde el teléfono de su desacomodado escritorio, acto que hizo fruncir el ceño a más de uno de los pacientes en la sala de espera debido a la rapidez en la respuesta de las enfermeras y el camillero.

Una de las pacientes que lograron escuchar la solicitud de Sandra a través del teléfono se puso rápidamente de pie para preguntar con enojo el porqué tres trabajadores del hospital habían salido muy frescos de los consultorios para atender a Mary, a sabiendas de que toda la sala estaba llena de personas con algún suplicio.

—¡Siéntate, hija! ¿Qué vas a hacer? —cuestionó una regordeta anciana sentada a la rechoncha mujer que se puso de pie.

—Mamá, tenemos aquí más de media hora y Tommy sigue con un fuerte dolor en el estómago. ¡No es justo que la atiendan a ella primero! —respondió con enojo la mujer a su madre mientras abrazaba con mucha fuerza a su hijo pequeño con diez kilos de sobrepeso, el cual no dejaba de hacer muecas y de tratar de colocarse en posición fetal para tratar de reducir el dolor estomacal.

—¡Ella va a tener un hijo! No es culpa de ella que hayas dejado todas tus galletas al alcance de Tommy —replicó la anciana antes de toser.

El volumen de las voces de las mujeres durante su discusión llegó a un grado tal que todos los pacientes de la amplia y descuidada sala de espera empezaran a ver y escuchar el pleito.

—Si tú estuvieras a punto de dar a luz, te gustaría que te atendieran primero, ¿verdad? —le gritó desde lejos una mujer a la enojada y descuidada madre, acto que provocó que algunos pacientes, todos esparcidos por la sala, empezaran a dar sus puntos de vista. Unos apoyaban a Mary y otros a la madre descuidada, o eso se daba a entender debido a que, en muy poco tiempo, lo que minutos antes parecía una sala de espera llena de dolor en silencio se convirtió en una sala de espera llena de dolor y zurriburri.



—Señorita, todos los médicos y enfermeras están trabajando, por favor, espere su turno —le suplicó Sandra desde su lugar a la madre descuidada, quien parecía estar bufándose más y más mientras el tiempo pasaba y la aparente negligencia de Sandra se hacía cada vez más obvia.

—¿Cómo es posible que todos estén ocupados si salieron tres enfermeros corriendo por ella? ¡Mi hijo, mi mamá y yo llevamos más de media hora aquí! —volvió a alegar la cada vez más histérica mujer.

Sandra no podía revelar la razón de por qué atendieron con extrema rapidez y con tanto personal a los Thompson; hubiera causado un enojo aún mayor a los pacientes, y lo que menos necesitaba era tener que lidiar con personas enojadas y con la angustia de tener presente que una amiga suya, quien había perdido dos hijos en el pasado, podía perder uno más. Sandra era amiga de Mary y por dicha razón aprovechó de más su poder como recepcionista, para poder pedir a sus amigos enfermeros a dejar por un ligero lapso de tiempo a los pacientes que ya estaban siendo atendidos sin mucha urgencia. Para muchos era diferente el caso de una mujer con una astilla enterrada a otra mujer a punto de dar a luz, pero que dos enfermeras y un camillero salieran para escoltar a Mary a la sala de partos era ridículo para muchos, pero para Sandra no lo fue. Podía suceder cualquier cosa menos que los Thompson perdieran otro bebé, el que quizás pudiera ser el último.

La colérica madre sacó su iPhone 6 de su bolso de fantasía, colocó la negra pantalla en posición paralela a su rostro y, una vez que el aparato celular identificó la cara de su propietaria, la pantalla se iluminó mostrando publicidad del siguiente iPhone, del futuro brillante del país y de la nueva gaseosa sabor uva limón de la marca Bubble Lover. La mujer retiró la publicidad y se mostró el menú principal del teléfono. Las aplicaciones que tenía el aparato eran escasas y sus iconos muy pequeños, siendo estos opacados en tamaño por el icono de la aplicación que la mujer deseaba usar. Sin contar hasta diez y habiendo soltado a su adolorido hijo, la fémina fijó su mirada en la aplicación My Life, aplicación cuyo icono era la foto de perfil encerrado en un círculo que aquella mujer decidió mostrarle a sus conocidos y desconocidos. Inmediatamente después de haber sido seleccionada la aplicación, el icono se hizo aún más grande colocándose en el centro de la pantalla, no sin antes haber tornado toda la pantalla de un color rosa mexicano. El perfil de la mujer era una foto de ella misma posando a la cámara del teléfono; su vestido era corto y tan entallado que le hacía resaltar el exceso de grasa en su vientre, sus manos colocadas en sus caderas junto con la forma trompuda de sus labios y su excesivo maquillaje daban la impresión de que dicha dama probablemente deseaba aparearse aprovechándose de los favo-

res que el tan apretado vestido —según ella— le brindaban. La mujer colocó su dedo pulgar sobre su foto de perfil y, en una fracción de segundo, del perfil salieron cinco líneas cortas cuyas puntas se unían con las aplicaciones más usadas por la mujer en su teléfono celular. La mujer despegó su dedo y seleccionó la vieja pero vigente red social Facebook. Una vez abierta la antigua aplicación y con los ánimos cada vez más enardecidos, seleccionó la opción de grabación en vivo. Cuando la mujer captó que su celular ya estaba grabando su rostro, comenzó a hablarle directamente.

—¡Hola, amigos! —le hablaba la mujer a la cámara de su celular con el brazo que lo sostenía extendido mientras caminaba con rapidez por toda la sala de espera—. Pues... estoy en el Hospital General con mi hijo y mi mamá. Llevamos más de... siete horas aquí y mi hijo no aguanta el dolor de estómago y esta bruja —la mujer enfocó a Sandra al mismo tiempo que esta primera se regodeaba—, a pesar de todo el tiempo que todos los demás pacientes y yo llevamos aquí, esta perra hizo que atendieran muy rápido a una mujer que acababa de llegar. ¡No es justo! ¿O sí? ¡Si estoy mal díganme! ¡Si creen que no tengo la razón, díganme! ¡Acepto cuando me dicen que estoy equivocada! ¡Siete horas y atendieron a una mujer que no llevaba ni un minuto!

Sandra no prestó atención a la mujer, ya que ahora había demasiado trabajo tratando de lidiar con la difícil situación con los demás pacientes que ya habían comenzado a protestar. Aunque dentro de los consultorios los doctores y enfermeras de la sala de urgencias estaban ocupados, haciendo que los pacientes ingresaran lentamente para ser atendidos, la mujer de ropa y accesorios de fantasía seguía armando jaleo quejándose frente a su teléfono y haciendo cortas pero contundentes preguntas a los demás pacientes de la sala de espera para poner en evidencia el servicio del hospital.

A pesar del caos dentro de la sala de espera de urgencias, y después de cinco agonizantes minutos dentro de la sala de parto, Mary consiguió parir un bebé varón que a simple vista era fuerte, sano y pesado. En apariencia era parecido a su madre; con piel pálida y cabello delgado y rubio. Joseph no dejaba de besar la frente de su esposa y de limpiarle las mejillas de las lágrimas que ya estaban muy mezcladas con su sudor.

—Él estará con nosotros, mi amor, él será nuestro gran orgullo, ¡escucha qué tan fuerte llora! ¡Tiene muy fuertes pulmones! —festejó Joseph antes de hacer una mueca por un chillido demasiado agudo que su hijo dejó escapar.

Mary, a pesar de estar conmovida y feliz, no contaba con las fuerzas suficientes para responderle a su esposo más allá de asentirle con una dulce mirada. No tardó una enfermera en entregarle el ya calmado bebé envuelto en una sábana a su padre.

Tras un dichoso pero breve momento de unión familiar, una segunda enfermera se llevó al bebé. Por fin, cuando el sol apenas se ocultó, Mary pudo comenzar a dormir con mucha facilidad y profundidad a pesar de los fuertes truenos que aún golpeaban la ciudad. Joseph decidió quedarse a dormir en el hospital esa noche de luna llena, aprovechando que al día siguiente era domingo y ninguna constructora lo llamaría para ofrecerle trabajo ese día después de haber visto su papelería con su experiencia laboral. Joseph gimió y estiró sus brazos con temple y se talló sus ojos rojos, miró al paciente en coma que estaba recostado en otra cama junto a Mary, se sentó en el único sillón para dos personas de la habitación y se dispuso a dar a sus conocidos la vivificante noticia. My Life era la aplicación favorita de la pareja Thompson y del resto del mundo ya que era la aplicación que conectaba todas las redes sociales que se usaban en aquel entonces, así como el resto de aplicaciones de uso común del usuario. Las aplicaciones como la de la bolsa de valores, el clima, la calculadora o la que se usaba para hacer llamadas ya casi no eran usadas y, por eso, la entonces única empresa fabricante de teléfonos celulares en el mundo había decidido pasar las anteriores aplicaciones a un segundo, casi tercer plano (a menos que el usuario no lo deseara así), dejando a My Life como la más básica de sus aparatos telefónicos, haciendo que el icono de la aplicación que conectaba a todas las redes sociales, así como las demás aplicaciones de uso común, fuera tres veces más grande que las demás. Joseph y Mary no eran una pareja muy joven. Aunque no entraban en la categoría de *viejos*, como cualquier preadolescente podría llamarlos, no contaban con los conocimientos que en aquel entonces si uno no contaba era un campesino ignorante o un anciano en sus últimos años de vida: conocimientos de la tecnología móvil básica que, en aquel entonces, los niños de dos años ya dominaban más que sus esfínteres. Joseph y Mary tenían perfiles de My Life y cuentas en Facebook, y usaban el gigante y longevo WhatsApp con frecuencia, pero no porque necesitaran dichas aplicaciones, sino porque sus amigos los presionaban para usarlas, Sandra la recepcionista entre esos amigos. Joseph y Mary consideraban ridícula la idea de tomar una fotografía y compartirla en una red social cada dos horas, o la idea de darle a conocer al mundo si sus días fueron buenos o malos, o la idea de publicar fotos de las vacaciones en la playa porque esas, según ellos, eran solo para la familia y nadie debe saber en qué hotel se hospedaron o en qué restaurante comieron.

Con mucho esfuerzo físico debido al cansancio de aquel pesado día, Joseph se puso a contestar todos los mensajes y notificaciones después de haber retirado la publicidad de unos lentes de sol, de los nuevos *muffins* glaseados de Glazzy y del nuevo juego gratuito de Facebook que consistía en descifrar

el horóscopo de la persona respondiendo unas cuantas preguntas, juego que ya contaba con la fecha de nacimiento del usuario. Respondía con gusto a los amigos más cercanos la feliz noticia y respondía con un hipócrita «Gracias» a las personas que Joseph solo había visto una vez en su vida que se enteraron de la noticia por publicaciones de amigos en común de Facebook y de los grupos de WhatsApp. Después de casi media hora respondiendo los mensajes de ambos celulares, Joseph bajó casi en su totalidad el volumen de ambos aparatos para no despertar a Mary y abrió la aplicación de las noticias nocturnas en vivo desde su teléfono celular.

—¿Recuerdan el caso del pueblo mexicano con la imagen divina de la Virgen María? —dijo un presentador de uno de los muchos noticieros de la ICNC a la cámara—. ¡Claro que lo recordarán, pues es un caso de naturaleza divina que nosotros, al estar comprometidos con usted, tenemos el deber de mantenerlo al tanto! Es una situación que incluso al más escéptico de los analistas aquí, en Canal Seis, le ha dejado la boca abierta, ya que científicos tanto alemanes como suizos han trabajado en este caso desde que surgió esta milagrosa noticia hace dos meses. Mi compañera Katherine nos tiene un reportaje desde la ciudad de Guadalajara en el Estado de Jalisco. ¡Katherine, muy buenas noches, te escuchamos! —dijo a una reportera que esperaba la señal para empezar a responder.

Joseph no creía ni un poco en esa noticia, ya que, además de ser ateo, ese noticiero solía ser muy amarillista y muchas veces se notaba el poco profesionalismo de los que integraban el programa: errores de redacción a la hora de dar las noticias, mala iluminación, problemas lingüísticos de algunos reporteros así como la publicación de hechos que caían en lo absurdo y en lo sensacionalista, como lo eran los noticieros cuyos encabezados decían «Hombre con cinco pies, ¿reencarnación de dios hindú?» o «Mujer cocodrilo aterra a un pueblo entero». Joseph no era una persona que se dejara influenciar fácilmente, prefería sacar sus propias conclusiones de lo que pasaba en el mundo basándose en varias fuentes y no solo en una, he ahí la razón de por qué decidió invertir minutos de sueño en un noticiero mediocre y, después, pasar a otro más serio. Cuando no estaba en su casa haciendo llamadas para conseguir trabajo, cocinando con Mary o planeando proyectos a largo plazo con su en aquel entonces futuro hijo, veía las noticias, las leía y a veces hacía recortes en el periódico o hacía capturas de pantalla para poder recordar las noticias que, aunque no parecieran relevantes en su momento, en el futuro podían ser útiles.

Alguien llamó a la puerta de la oscura habitación con delicadeza. Joseph se puso de pie y abrió rápido la puerta para evitar que la persona afuera del cuar-

to llamara con más fuerza para ser escuchada. Era Sandra, la recepcionista, y llevaba consigo un globo metálico y su bolso de fantasía. Joseph la recibió con una sonrisa y un abrazo fuerte.

—¡Muchas felicidades, Joseph! —dijo Sandra con una voz que, aunque fue baja, se podía notar que deseaba gritar esas palabras—. ¿Qué se siente ser papá? —preguntó risueña, evitando preguntar el porqué de la mancha negra en la camisa de Joseph.

—¡Fantástico, y más ahora porque tenemos tanto Mary como yo un muy buen presentimiento! —respondió alegre pero con volumen de voz muy controlado.

—Van a ver que él va a estar con ustedes. Dios tiene algo muy grande preparado para ustedes, Joseph. Yo también tengo un buen presentimiento. ¿Cómo está Mary?

—Muy cansada, pero muy bien, ahora mismo está durmiendo.

—¿Podría pasar a conversar contigo un momento dentro de la habitación, por favor? Tiene que ser privado —susurró Sandra, a lo que Joseph dudó un momento debido a su cansancio, pero al final, sin encontrar otra excusa que no fuera «No. Quiero dormir», aceptó y le dio el paso para que ella entrara para después cerrar la puerta con delicadeza.

—¿Qué pasa? —susurró Joseph mientras Sandra amarraba el globo en la cama junto a los pies de Mary para que, cuando ella despertara, pudiera verlo de frente.

—Mira —comenzó Sandra a explicar—, yo los quiero mucho a ustedes dos, a Mary la conozco desde la universidad y me dolió mucho lo que les pasó años atrás, por eso hoy hice que dos enfermeras y un camillero dejaran a los demás pacientes que ya estaban dentro y en recuperación para que Mary recibiera la mejor atención que les puede brindar el hospital.

Joseph pudo darse cuenta de que algo acongojaba a Sandra, pero prudentemente decidió quedarse callado hasta que ella terminara y que ella, sin recibir una pregunta, pudiera expresar lo que le estaba pasando.

—Una persona se dio cuenta del abuso que cometí y lo subió a todas las redes de My Life. Solo espero que no haya tenido muchas aplicaciones en su perfil —dijo Sandra cabizbaja y con las dos manos unidas entre sí—. Una mujer subió un video donde dice que Mary y tú recibieron atención por ser una familia rica.

Joseph casi suelta una risa sarcástica, pero pudo controlarse tapándose la cara con una mano.

—Sandra, nada de eso es cierto. Bueno, tuvimos una atención un poco más rápida que la que recibe una mujer embarazada en este hospital, ¡pero ya qui-

siéramos Mary y yo tener el suficiente dinero para ser tratados así para siempre o al menos ser atendidos en un hospital privado! Te agradezco la atención que nos diste, y eso del video, ¡no te preocupes! ¿Cuántas personas podrían verlo?

—Doce mil personas, Joseph. Doce mil personas que creen que ordené a muchos enfermeros del hospital a atenderlos a ustedes e ignorar a los demás —dijo Sandra con voz temblorosa y sin tratar de apaciguar el tic en una pierna en respuesta a la ansiedad.

—Bueno, y si ellos creen que así fue, ¿qué más da? Además, solo fueron dos enfermeras y un camillero... ¡que auxiliaron a una mujer que casi deja caer a su recién nacido al piso!

—No se necesitan tres personas para escoltar a una mujer embarazada a la sala de partos, Joseph. Se necesita solo una silla de ruedas y una enfermera, y ya en la sala de partos, al menos un doctor y una enfermera. Mi reputación y la del hospital están en juego por esa decisión que tomé. Seguramente el director del hospital hablará conmigo mañana y no puedo estar otra vez sin empleo, Joseph. ¡Necesito que me ayudes!

—¿Cómo crees que te pueda ayudar?

—¡Por favor, entra a Facebook, busca ese video y comenta que la mujer que atendieron mejor que a los demás es tu esposa que estaba a punto de dar a luz y que estaba muy grave!

Joseph, al escuchar esto, levantó ambas cejas y se alejó un poco de Sandra sin levantarse del sillón.

—¡Por favor! —suplicó Sandra—. Ya soy una persona detestable por todas las personas que lo vieron y me pueden despedir por ese malentendido. ¡Es lo único que te pido como agradecimiento, por favor!

Joseph dudó bastante ya que, aunque aún desconocía los grandes efectos que ese video podía generarle a Sandra y al hospital, sabía perfectamente que imponer una idea contraria en un grupo que tiene una opinión muy fija no era buena opción. Sabía que si todos atacaban a Sandra y si él la defendía, esos doce mil espectadores se podían tornar en contra de él y que, además, nunca faltaba el experto en informática capaz de hackear perfiles de redes sociales solo para vengarse o lucirse.

—Está bien, Sandra, lo haré —dijo sin mucha convicción Joseph, quien fue recibido con un fuerte abrazo por parte de la recepcionista. Después de ese fuerte abrazo, Sandra le agradeció, lo felicitó de nuevo y se retiró en silencio para poder irse a su casa y para que Joseph, por fin, pudiera dormir.

El día siguiente se veía venir mejor que el anterior, las nubes estaban menos grises y ya casi no se escuchaban los truenos que habían azotado a la ciudad

en los últimos dos días. Aunque diariamente se podía notar una capa gris de contaminación hacia cualquier horizonte, el día parecía más bello que el anterior. Joseph concilió su sueño gracias al sillón y a su abotonada camisa que usó como almohada, durmiendo solo con la camiseta interior cubriendo su escuálido torso. Joseph, al despertar y recordar que debía prestar atención a su esposa, estiró sus brazos y piernas, talló sus ojos y rápidamente se puso de pie al notar que Mary comenzaba a estirarse de igual forma que él.

—¡Buenos días, hermosa! —le dijo Joseph a su esposa mientras se acercaba a ella para acariciar y besar su frente—. ¿Cómo dormiste, mi amor?

—Muy bien. ¿Cómo está el bebé? —respondió Mary con un semblante radiante a pesar de la poca luz que entraba por la ventana gracias a las blancas nubes.

—No tardan en traerlo para que lo alimentes. Las enfermeras seguro ya detectaron que te despertaste por esos parches que tienes en el pecho. ¡Lo hiciste muy bien, mi amor! —y le dio otro beso.

—¡A pesar de todos los gritos y golpes que nos dimos, lo logramos! —celebró Mary con un largo bostezo—. ¿Ya les dijiste a todos la noticia? —preguntó, acto que provocó que Joseph levantara las cejas y que abriera la boca al recordar lo que Sandra le había pedido y no realizó debido al tiempo que Joseph le siguió dedicando a las notificaciones que seguían llegando a ambos celulares para después quedarse dormido.

—Sí, sí, sí, ya todos saben —dijo Joseph al momento en que desbloqueaba su teléfono celular con su rostro para cumplirle rápidamente el favor a Sandra—. Tu madre aún está buscando boletos de avión para venir aquí —dijo sin perder de vista su aparato telefónico mientras retiraba la molesta y parpadeante publicidad de frituras con, supuestamente, cero grasas y calorías.

—¿Entonces no encontró boletos de autobús? —preguntó Mary, pero Joseph no respondió a la pregunta ya que estaba muy concentrado en el celular.

Al abrir My Life, Joseph se percató que recibió un mensaje de Sandra a las seis de la mañana, era un enlace a una página de Facebook acompañado de un mensaje que decía «¡Joseph, por favor, contéstales! Los ayudé a tener a tu hijo. ¡Por favor, contéstales ya!». Joseph, con el rabo entre las patas, abrió el enlace, era el mismo video que la descuidada madre había subido a internet, pero con dos franjas de color negro, una en la parte superior y la otra en la parte inferior y dentro de ambas franjas había seis palabras grandes color amarillo en la parte superior e inferior del video: «ABUSO DE PODER EN HOSPITAL PÚBLICO», decían las leyendas de las franjas negras. El video original y todos sus derivados con edición sobrepuesta ya contaban en

total con treinta mil visitas y más de mil comentarios, todos manifestando su odio a Sandra y al hospital.

«Yo soy el esposo de la mujer que atendieron así, estaba a punto de dar a luz y estábamos desesperados para que ya naciera. Le tuve que rogar que nos atendiera rápido. ¡Era mi esposa que estaba embarazada!». Esas fueron las palabras escritas de Joseph en respuesta a ese video.

A los pocos minutos, el comentario de Joseph comenzó a ser leído por decenas de personas, las cuales algunas comenzaron a expresarse por medio de comentarios al mensaje de Joseph, comentarios que una minoría lo apoyaban; eran más los que lo llamaron mentiroso y *buscafamas*: «Si tienes tanto dinero, ¿por qué no vas a uno privado?», comentó un hombre; «¡No te creo! ¡Seguramente tú te follas a esa recepcionista! HAHAHA», comentó una mujer.